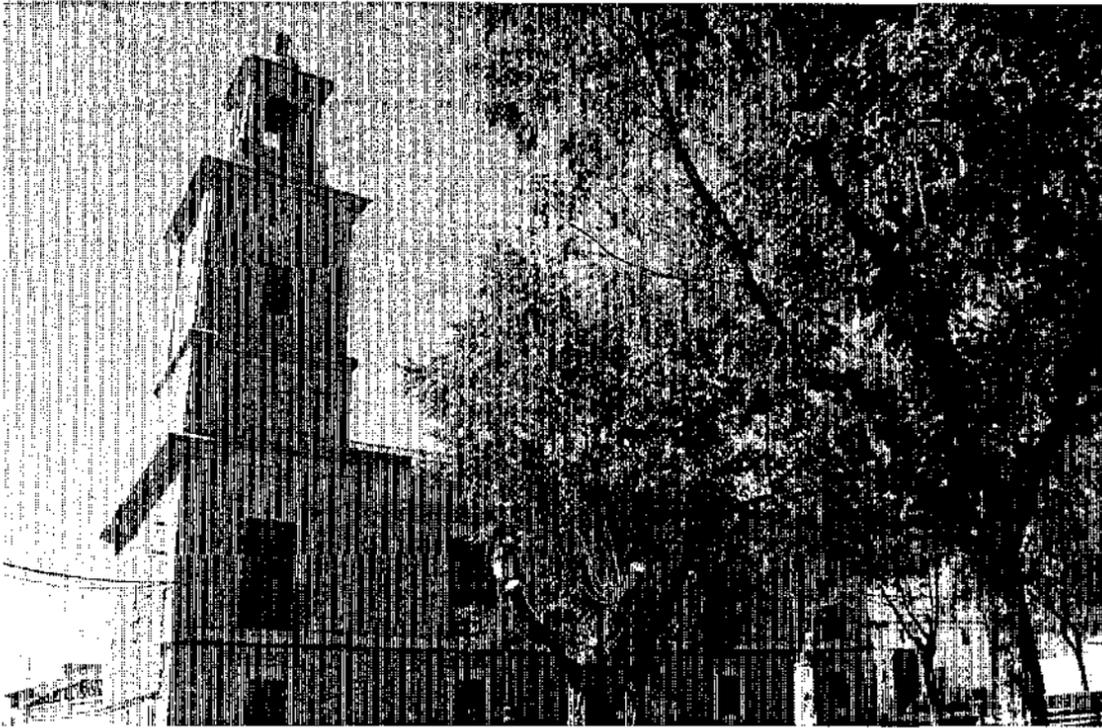


SISANTE EL 27 DE OCTUBRE SE CELEBRÓ EL CINCUENTENARIO



El ayuntamiento de Sisante donó una placa conmemorativa.

50 años del Convento de San Vicente Paúl

Todo el pueblo ha querido unirse a las Hermanas de la Caridad para festejar la efemérides, en la que se descubrió una placa conmemorativa

Eva María Calero
COLABORACIÓN

En Sisante, cuando todavía sueñan por sus calles el paso de Nuestro Señor Padre Jesús en su memorable salida, se ha celebrado otro acto conmemorativo: el cincuentenario de la fundación del Convento de las Hermanas de la Caridad de San Vicente Paúl.

El 27 de octubre de 1951, gracias al entusiasmo del entonces párroco, don Pablo Jover Carvajal, y a un grupo de personas que le acompañaron, se hizo realidad la inauguración de dicho convento.

Todo el pueblo ha querido unirse a sus hermanas para conmemorar la efemérides, y es que todo el pueblo durante estos cincuenta años ha tenido contacto con ellas. Han sido muchas las que han pasado por esta casa, pero todas han dedicado sus horas a los sisanteños: han cuidado 'peques' en la guardería, han formado a jóvenes intelectual y moralmente, han enseñado bordados y preciosas labores, han estado en la cabecera de los enfermos, han dado apoyo, ayuda y escucha a todo necesitado y, sobre todo, han colaborado y participado en el trabajo pastoral de la Parroquia.

Se preparó una exposición con algunas de las muchas labores que en sus talleres se realizaron y con fotos recordativas.

El pasado día 27 de octubre a las once de la mañana se rezó, como inicio de los dos días de celebración, el rezo de 'Laudes' con los fieles que pudieron asistir.

Por la tarde, a las ocho, con asistencia de la Madre General, hermanas residentes y varias ve-

nidas de otros conventos, entre ellas varias hijas del pueblo, autoridades y muchos sisanteños, se llevó a cabo el descubrimiento de una placa conmemorativa, donada por el ayuntamiento de Sisante. Previamente, la Madre General, Pilar Bosch Caldera, saludó a todos los asistentes. Después, María José González, antigua alumna, recordó sus vivencias y, por último, Casilda Algarrá, alcaldesa, dirigió unas palabras de agradecimiento a las hermanas por tantos años de sacrificio y entrega para todos los hombres y mujeres de Sisante.

Después de descubrir la placa, la Rondalla nos deleitó con varias canciones, acompañada en sus jotas por dos niñas. Tras un vino

español, siguió una convivencia animadísima, ayudada por el magnífico tiempo que hacía y la música de un acordeón y una guitarra.

El domingo, a las doce de la mañana, se celebraron los cincuenta años con una misa que fue preparada con tanto amor, cariño y delicadeza que, a pesar de durar un poco más de lo normal, resultó corta. Intervinieron la coral "Juan del Enzina" y la Rondalla "La Roldana". Hubo preciosas rogativas y ofrendas emblemáticas.

En fin, en Sisante se ha vuelto a vivir unos días de hermandad y felicidad, ésta vez alrededor de las Hermanas de la Caridad de San Vicente Paúl.

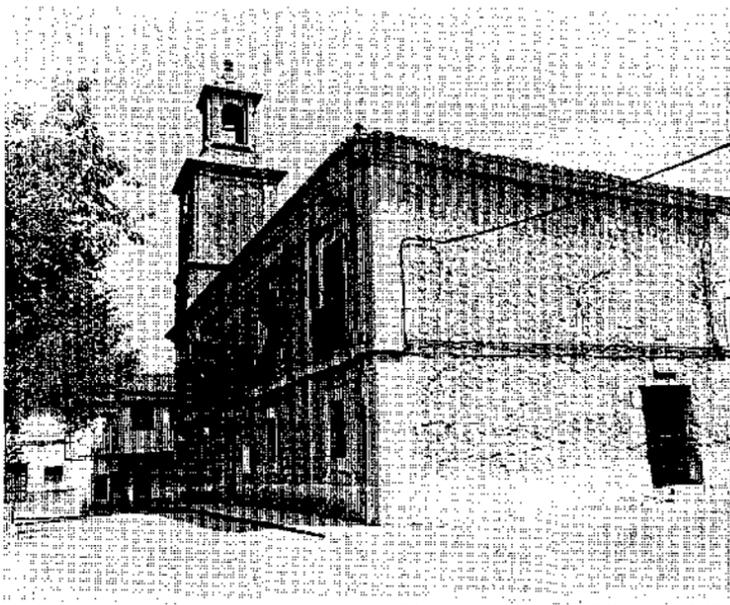


Imagen de la localidad conquense.

OPINIÓN RAMÓN MORENO HERNÁNDEZ

Historias para contar con flecos que recortar (XCVIII)

Fragmentos de la vida taranconera en las décadas 40 y 50: La rifa de la muñeca

"¡Buenos días, señoras y señores viajeros! Voy a comenzar la rifa de estas preciosas muñecas, encanto de las niñas —y enseñaba varios modelos muy atractivos— alternando con estas gigantes bolsas de caramelos, que no ensucian el estómago de los niños porque son dulces como la vida misma!" Y dicho esto, recorrió todos los vagones

El hombre de la rifa, el de la ostensible cojera, se movía con rapidez a pesar del traqueteo del tren

Al cabo de un rato regresaba de su excursión, sacaba la baraja normal, se la ofrecía a cualquier viajero para que mezclara los naipes y, seguidamente, hacía que cortara una mano inocente. Era la rifa gratuita y se ofrecía una muñeca de inferior calidad o un paquete enano de caramelos, a elegir por el agraciado.

El hombre de la rifa, el ostensible cojera, se movía con rapidez, a pesar del traqueteo del tren

Al cruzar las separaciones de los carriles, momento que aprovechaba disimulando su torpe andadura, voceando la carta agraciada, perdiéndose en los vagones de segunda clase. A veces, por deficiencias y carencias del material ferroviario, estos trenes de pasajeros de la naciente RENFE, se conformaban con vagones de carga, formaciones mixtas que transportaban animales de corral adulto, borregos de los pueblos y cerdos matanceros, con perdón de los animalitos.

Con el caramelo en boca de los viajeros, se ofrecía la venta de las cartas de la baraja por tiras, compitiendo con las que ofrecían los profesionales de la Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE). Siempre había niños y niñas que ansiaban los caramelos y las atractivas muñecas, lo que nacía "picar" a los padres y acompañantes, ávidos de complacer a los pequeños exigentes.

Si el hombre de la rifa no había vendido todas las cartas que componían el sorteo,

rebajaba el precio y aumentaba el número hasta que agotaba la mercancía. Consultaba su reloj y, como comprobaba que aún había tiempo para realizar una última operación, doblaba los materiales y ofrecía la última rifa extraordinaria, como si se tratara de la lotería del 22 de diciembre cantada por los niños de San Ildefonso.

A la vuelta de su torpe caminar, el hombre de la rifa siempre conseguía saldar sus restos de material vendible, jugando con los naipes de verdad, los de dos Erachio Fournier.

Así se gastaba el tiempo en los cansinos trenes renferros, se distraía el personal y nadie se impacientaba porque sabían que les iba a dar lo mismo. Aquello eran lentejas, como las que ofrecía el doctor Ne-

grín, publicitándolas de que tenían tanto hierro como las vías del ferrocarril.

Y el público de las cartillas de racionamiento, que tenía el estómago más planchado que unos pantalones de camarero, hacía que se lo creía, las compraba y, apartando los gorgojos cuando contaba las lentejas, gorgojo-lenteja, gorgojo-lenteja, las guisaba y se las comía. Aunque no todos disponían sólo de esta clase de pesada legumbre, como veremos más adelante.

La tercera clase que ofrecía la RENFE era para los recaderos taranconeros como su segunda casa. La tercera clase que ofrecía pomposamente la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles, para los recaderos taranconeros era como su segunda casa, su otro hogar, ya que salían del lugar en las primeras horas de la mañana y regresaban cansados y marchitos como flores silvestres segadas junto a los cereales comestibles. El tío Tomás y el tío Ricardo, tanto da como da lo mismo porque el orden de los factores sabemos que no altera el producto, cronometraban sus actividades haciendo una minuciosa lista de los mandados que tenían que realizar.

Continuará